



LA PESCA EN UNA CUBETA.

(CUADRO DE LANCE, EN LA GALERÍA DE VERNON.)

Parecía natural que la sátira hubiera agotado ya sus malignas invectivas contra el pescador de caña, y cansada de herir á un enemigo indefenso, le abandonase por último, avergonzado pero incurable, en la fangosa orilla de los ríos. No: ella no ha suspendido sus ataques sino para dar uno mas cruel á su víctima; ella no había cesado de seguirla con su mirada maliciosa; pegada á sus pasos, le espía hasta en su morada, lanzándole la última y mas envenenada de sus saetas en el momento en que el desgraciado, encadenado por la gota y los catarros á la chimenea, encorazado en impenetrables abrigos, rodeado de sus mas péfidos cebos, redes, chistera, de un aparato completo de pesca, y creyéndose al abrigo de las miradas burlonas, se arma intrépidamente de la caña fatal, brilla una chispa de entusiasmo en sus ya apagadas miradas, y se inclina palpitante de esperanza delante de una innoble cubeta.

El epigrama ha escedido esta vez sus límites naturales. Este viejo goloso no es solamente un ente ridiculo: este no solamente es un pescador fanático; es un monomaniaco; su pasión ha degenerado en locura; no provoca la risa; excita compasión.

Llámasse cazador al que indiferente al frío penetrante del alba, al rocío que diamantiza los campos, á las emanaciones de los bosques, posee el arte de descubrir y seguir una pista, pone todo su conato en burlar las astucias de la liebre, reduce su ambición á ver caer bajo el plomo mortífero una bestia viva. Los que no aprecian, lo mismo en la caza que en la pesca, mas que el momento de la satisfacción material; los que despojan estos placeres del mérito de las encantadoras perspectivas de la naturaleza, de las luchas de la inteligencia contra los instintos; los que se limitan á usar por costumbre una escopeta ó una caña de pescar son dignos de los envenenados ataques de la sátira.

Verdaderamente ningún pasatiempo honesto es ridiculo en sí mismo. Nuestros placeres son lo que nosotros les hacemos. Depende de nosotros elevarlos ó ridiculizarlos, espiritualizarlos hasta el ideal, ó materializarlos hasta el absurdo.

El pescador de caña no es precisamente el hombre embrutecido, viejo y raro, que ejercita de algun tiempo la fecunda y burlona imaginación de los caricaturistas: se le representa bajo diversos aspectos.

Ha sido el motivo de mas de una escena graciosa en las pinturas

antiguas de Herculano y Pompeya, en los paisajes de los mas notables maestros modernos, en las pastorales espiritualmente amaneradas del último siglo, como en las marinas de José Vernet.

EL LIBRO DEL PASEANTE.

LA HISTORIA.

Ciceron se engañó al llamar á la historia el testigo de los tiempos, porque ve pocas veces lo que cuenta, repite lo que ha oído decir. En vez de juzgar, adula á los muertos. Es una larga oración fúnebre pronunciada por cortesanos que arrojan á los ecos una multitud de nombres dignos de olvido, y se olvidan de los dignos de memoria; que enciende sus cirios en torno de catafalcos, y deja en la oscuridad los ataúdes de pino que valen muchas veces mas que los de cedro. La historia no alaba sino á los llamados *grandes*, y les reserva sus mausoleos, lágrimas y epitafios, y guarda silencio acerca de los *pequeños*, es decir, del pueblo, autor de los dramas que ve representar. No se ocupa de tales gentes. Su piedad no tiene para ellas, como nuestros cementerios, sino una fosa comun, y por todo funeral un poco de cal que las consume.

LA TUMBA DE LA PRIMAVERA.

La primavera ha llegado, me decian mis amigos, y yo no les quería creer. Dejad vuestros libros, añadian, dejad vuestros enojosos estudios y salid á encontrarla. Salí á verla, y no la hallé. Pregunté por ella á los árboles, que parecían hablar entre sí de su verdor retardado y del sol; á los pájaros que no cantaban; á las abejas que batían sus alas en torno de los cerrados capullos; á las azuladas mariposas, que jugaban lánguidamente en los verdes sembrados; á los arroyos que murmuraban con las florecillas enfermas de su margen. Los árboles, los pájaros, las abejas, los arroyos, las flores no la habían visto. Buscándola siempre llegué adonde todos llegamos, á una tumba, la de una mujer, amada

4 DE FEBRERO DE 1855.

un día, llorada largo tiempo. Yo ya sabía, murmuré alejándome, que la primavera no había venido ni vendría nunca, porque está ahí.

EL PÁJARO MÁGICO.

¿Veis esa miniatura de pájaro que se parece á un pomo de arco iris, animado por la armonía, ese ramillete de pedrerías que revolotea sobre el musgo? Es tan hermoso, que ¿quisierais tenerle; su mágica voz posee tanta gracia, que quisierais oírle eternamente. ¡Tratais de cogerle! El diamante cantor vuela, y va á derramar mas lejos sus rayos melodiosos. Le tendéis un lazo: cae en él; pero no hallais lo que esperabais: deja entre vuestras manos sus brillantes colores. El ópalo prisionero se oscurece, su voz espira, su vida se estingue... Este pájaro caprichoso que muere cuando se le toca es el placer, y acaso la felicidad.

LAS HORAS.

¡Nos quejamos de la brevedad de la vida! Alargadla por la esperanza, y fortificad la esperanza por el trabajo. Inventad trabajos de los cuales podais acordaros en un mundo mejor. No escribais solo para la tierra, sino para volver á veros en el cielo. No entreguéis vuestras horas á pensamientos frívolos, que sean remordimientos para vuestras sombras; cargad de perfumes, y no de venenos. Tratad á las horas como si fuesen otras tantas abejas invisibles que vienen de lo alto noche y día, mensajeras de todas las estaciones, á tomar su miel en vuestras almas, para subir después á destilarla en sus celestes panales. ¡Escoged bien sus flores! No las deis á pican ni la acre belladona ni la insípida valeriana, para que como la de ciertas abejas de Persia no sea amarga su miel futura.

EL CORAZON DEL HOMBRE.

Llegados á la mitad del camino de la vida, ved á lo que se han reducido vuestras amistades de infancia, vuestros amores, las afecciones mas tiernas de vuestra alma. Buscad vuestros primeros compañeros: han desaparecido: no los encontrareis sino en vuestra memoria, y aun allí no los encontrará todos. Hay nombres casi borrados, de los cuales no podeis unir las letras; rasgos que creisteis grabados en bronce, y que solo forman figuras confusas, cuyas líneas rotas no dicen nada. Nuestra calma, nuestro corazón si quereis, no es sino una tumba en que encierra el tiempo cuanto nos da á conservar, y donde los muertos se confunden y se suceden los epitafios. Hay allí una lámpara que nos permite ver algunos nombres; pero el humo vela la mitad. Cuando el humo se disipa, es que la lámpara se estingue y nos llega la vez de borrarlos de la memoria en que se han perdido nuestras reliquias.

LA MARGARITA.

La mitología nos asegura que la esposa de Almeto fué trasformada en margarita, tomando la planta el nombre de aquella reina. No se dice si los dioses escogieron esta flor para encerrar el alma de Alcestes, porque margarita significa perla: es probable. Esta fábula es encantadora; pero es una fábula. Confieso que me agrada mas el nombre original que da Chancer á esta perla de nuestros prados y que le ha quedado en la lengua inglesa: *the daisy*, el ojo del día. Parece en efecto cuando se ve por la mañana abrirse esta pupila de oro, sombreada por pestañas de plata, que es el sol mismo, una abreviación de Dios que nos mira y nos dice: Camina tranquilo, velo por vos, y os sigo con mis miradas. Cuando veo estas flores en una tumba, me parece que son los muertos divinizados, cuyas miradas se abren camino á través de las tumbas para quitarnos el miedo á la muerte.

UNA HORA EN UNA RUINA.

Recuerdo de la aldea de Montfaucon.

(FRANCO CONDADO.)

Subiendo la corriente del Doubs, á una legua de Besançon, vieja ciudad perdida al pié de las montañas del Jura, se encuentra una eminencia verdosa que se destaca de una enorme roca gris y de difícil acceso para mirar en las azuladas ondas del río bautizado por César, su fresca cintura de viñas y su diadema de almenas, porque le corona una ruina gigantesca é imponente, la del castillo de Montfaucon.

El cuerpo destinado á la habitación, habitado en otro tiempo por el señor, es el único destruido; los terratenientes de aquel poderoso señor feudal han dividido entre si las dependencias del edificio principal, y sus descendientes ocupan todavía hoy aquella morada. Un sendero conduce después de mil vueltas y revueltas que surcan una pradera, á una aldea distante una media legua del castillo cuyo nombre lleva.

Un día que vagaba yo entre las ruinas, encontré en un soto espeso una mujer anciana que vigilaba dos cabras blancas. El aire sombrío de aquella mujer, sus ojos grises profundamente hundidos bajo párpados que parecían arrugados por las lágrimas, su exterior salvaje, todo en ella hirió mi imaginación.

Encuadrados en la ojiva de una ventana, sus negros vestidos se destacaban del cielo, y parecían una mancha lúgubre sobre aquel fondo tan azul y tan alegre. Impulsada por una curiosidad que justificaba en parte el aspecto salvaje de aquella mujer, le dirigí la palabra.

—Teneis ahí hermosas cabras, le dije acercándome á ella.

Fijó la anciana sobre mi una mirada investigadora; y tranquilizada con aquel exámen, dijo intentando sonreír:

—¡Oh! las pobres bestias se mueren de pena; estan tristes desde que ya no existe su amo.

—¿Habeis perdido á vuestro marido? le pregunté tímidamente.

—Sí, mi marido hace mucho tiempo; pero el amo de que hablo es mi hijo, mi pobre Pedro.

Apareció una lágrima en las argentadas cejas de la paisana. Atráida hacia ella por no sé qué oculta simpatía, le dije presintiendo una lúgubre historia:

—Aguardad, señora; habladme de vuestro hijo: este momento de espansion os consolará: estoy segura de ello.

—Con mucho gusto, señorita, me respondí; sois jóven, me comprendereis, y me escuchareis con bondad. ¡Hace tanto tiempo que no he encontrado á nadie á quien contar mis pesares!

Sentéme cerca de la anciana, sobre una piedra cubierta de musgo, y en seguida comenzó de esta manera:

—Tenia un hijo, señorita, un hijo, bello como el día. Me acuerdo ¡ay! de sus negros ojos, de sus largos cabellos rizados que caian sobre su cuello, y de la sonrisa que entreabría sus labios. Además tenia tanto talento, que niño y todo era un gusto oírle razonar. ¡Pobre niño! esto es lo que le ha perdido. Cuando comulgó por primera vez me lo pidió el señor cura para hacer que estudiase. La aldea estaba á mi parecer bastante lejos; pero se trataba de su felicidad, y no vacilé. Hasta que llegó á los diez y seis años permaneció Pedro con el cura; pero en esta época partió para Besançon, donde entró en el seminario. Allí estuvo cuatro años, que me parecieron siglos, porque le veia raras veces, y con mucha frecuencia hice á pié el viaje á la ciudad, sin que por premio de mis fatigas me fuese permitido abrazarle. Un día volvió Pedro. Venia pálido, fatigado, encorvada la espalda: me causó miedo. Madre, me dijo, no mas estudios, no mas libros: el aire de las montañas y tú es lo que necesito para mi felicidad. En efecto, al cabo de algunos dias habia recobrado sus bellos colores, pero no la alegre sonrisa que tanto amaba yo. Un domingo, al volver de misa, adonde la nieve me habia impedido acompañarle, me dijo Pedro que habia tomado un empleo de contador en casa de M. Duprez, un señor que posee aqui muchos bienes. Ahí, me dijo mi hijo, estaré cerca de tí sin que te sea pesado; antes por el contrario podré ayudarte. Debo deciros, señorita, que desde su regreso habia querido Pedro volver á entregarse á los trabajos de los campos; pero no era á propósito para ello: al poco tiempo dejaban caer sus manos los instrumentos de la labor, y pasaba horas enteras mirando las nubes ó escuchando el canto de los pájaros. Mi hijo estaba contento en su nueva situacion; al menos así lo creia yo, porque ya no me hablaba entonces de volver á mi lado, y por el contrario formaba proyectos para el porvenir, que solo podian llevarse á cabo permaneciendo en casa de M. Duprez. Quería que vendiendo lo poco que aquí poseo fuese á vivir á la aldea. Apenas habian transcurrido dos años, cuando mi hijo, mas pálido, mas abatido aun que cuando dejó á Besançon, volvió á mi cabaña. No me dió esplicaciones para legitimar su vuelta súbita; solo me dijo que no podia permanecer mas tiempo en casa de su principal; pero un día que le encontré llorando á lágrima viva, tanto le rogué, que me confió la causa de sus pesares. M. Duprez, el principal de Pedro, tenia una hija que se llamaba la señorita Emilia: era linda y tan buena que todos la amaban. La dicha de mi hijo consistia en servirla, en prever sus caprichos. Por la mañana ponía en su parterre las flores que ella preferia: recorría las montañas para llevarle ramilletes y muchas veces ella le estrechaba la mano afectuosamente.

Un día, olvidando mi hijo su baja condicion, quiso decir á Emilia cuánto la amaba. Aquella tarde, me dijo, me creí por un momento en el cielo. Emilia estaba cerca de mí; sus cabellos rozaban ligeramente mi frente. Tambien yo te amo, me dijo: te amo mucho. Me embriagaba con su mirada; su cabeza se apoyaba sobre mi hombro. De repente sonó el toque de oraciones, y arrancándose de mis brazos huyó ligera como un pájaro. Al día siguiente estaba Pedro en el jardín: Emilia fué hacia él. Pedro, le dijo, es preciso separarnos: después de la confesion que ayer os hice no podemos vivir uno cerca del otro. Sí, continuó, te amo, Pedro, y no puedo ser tuya: mi familia, mi fortuna, todo me prohibe acariciar ese hermoso sueño, y Dios mismo

condena este amor; porque ayer, cuando estrechada entre tus brazos, olvidaba la tierra y el cielo, sonó el *Ave María*, y aquellos sonidos, habitualmente tan dulces, resonaron en mi corazón como la campana de los muertos.

Mi hijo no vaciló: se despidió, y partió aquella misma noche. Desde su regreso ya no le vi sonreír: distraído, solitario, complaciase en conducir nuestras cabras al sitio en que ahora nos encontramos. Una tarde no volvió Pedro á su hora acostumbrada; temiendo que le hubiese sucedido alguna desgracia, le llamé con todas mis fuerzas, pero inútilmente. Corrí temerosa á estas ruinas: las cabras estaban dispersas y no encontraba á mi hijo.

—Diviséle por fin bajo una bóveda, con los ojos extraviados, las manos crispadas asidas á sus cabellos. Cuando me acerqué me miró con un aire feroz: temblaba; sus dientes se chocaban violentamente: no me reconoció. Mi pobre hijo estaba loco.

Intenté hablarle de todo lo que me pareció mas á propósito para traerle á la memoria dulces recuerdos, y pronuncié el nombre de Emilia. Ven, le dije, te espera. ¡Oh! ya sé quien es esa Emilia de que me hablais, replicó con una sonrisa que aterrorizaba el verla; es un demonio que ha tomado una figura de mujer que turba y agita mi sueño, que enciende y abrasa mi sangre. Yo, yo conocía otra Emilia: aquella era un ángel. ¡Te amo! me dijo... Pero aquella ha muerto, continuó: no puede ser otra cosa... el ángel que yo conocía ha desaparecido; porque si estuviese aun sobre la tierra, vendría alguna vez hacia mí.

Salí Pedro al fin del sombrío sitio adonde se había retirado, y tomándome por la mano: Partid, me dijo. Y su voz, tan dulce al hablar de Emilia, se convirtió en ronca y áspera.

—Partid, repetió, porque esta es la hora en que los demonios hieren la tierra con el pie para hacer salir de ella extrañas figuras que causan miedo.

—Pues bien, ven tú también, Pedro, ven, le dije.

—¡Oh! no; replicó en voz baja, no; es preciso que me quede; porque vendrá ella, y si no estuviese yo aquí, lloraría creyéndose olvidada; porque es muy triste ser olvidado por aquellos á quienes uno ama.

Después de un instante de silencio dijo: pero ahora que me acuerdo, no vendrá sola; aquel á quien ama ahora estará cerca de ella!... Pues bien: le aguardaré, y cuando pase le arrojaré al abismo. ¡Oh! cómo refrescarán mi corazón las lágrimas de Emilia... y Satanás reirá con aquella risa que hace estallar las añosas encinas de la selva, y el demonio de la venganza quedará al fin satisfecho.

Estas palabras me hicieron comprender la causa de la locura de mi pobre hijo. Emilia había venido sin duda á la pradera que está debajo del castillo; se apoyaba en el brazo de un bello joven, y llegada que fué á cierta distancia de la cabaña, se había vuelto bruscamente sin mirar siquiera hacia aquel lado. Indudablemente Pedro la había visto, y el infeliz estaba loco de celos.

Aparenté dejar á mi hijo, cuya exasperación aumentaba cada vez, y me oculté detrás de un viejo lienzo de pared, donde pasó la noche. Durante mucho tiempo cantó Pedro canciones muy tristes; pero al fin, agobiado de fatiga, se durmió.

—Cuando despertó estaba yo á su lado.

—Tengo hambre, me dijo. Corrí á buscarle algunas provisiones; pero solo quiso comer pan y beber agua.

Pasó un mes: yo no le dejaba mas que de vez en cuando para ir á la aldea á buscar pan y para sacar agua del pozo de allá abajo. Pedro nunca salía de estas ruinas: se ocultaba bajo la bóveda negra que se abre á vuestros pies, y solo cuando un rayo de sol atravesaba las ramas de los árboles, asomaba su frente pálida, y sonreía á la luz que hacía brillar sus hermosos cabellos negros.

Un día, al regresar yo de la aldea, no encontré á mi hijo en el sitio en que ordinariamente estaba. Inclinado sobre el precipicio, miraba desde la cima de aquella torrecilla una barca que atravesaba el Doubs. Temiendo ocasionar su caída si le hablaba, retuve un grito de espanto y permanecí detrás de él. Mis cansados ojos no pudieron distinguir á los que estaban en aquella barca; pero las palabras entrecortadas de Pedro me lo hicieron adivinar. Sí, decía, es ella, es el demonio de los ojos azules, de los blondos cabellos; sí, es su talle fino, su vestido blanco y vaporoso como la nube que pasa. Siempre aquel otro, murmuró nublando su frente; si no supiese que ha muerto, estaría celoso; pero es solo su sombra. Sí, la veo allá arriba!... en el cielo!... me aguarda... Emilia!... allá voy!... Y al decir estas palabras lanzó Pedro al abismo, y su cuerpo rodó de roca en roca hasta los pies de la señorita Duprez que llegaba en aquel momento á la orilla.

Yo me había lanzado al través de las malezas, y vi á Emilia desmayada en brazos del bello joven que había venido con ella del castillo. M. Duprez, arrodillado junto al cuerpo de mi hijo, le miraba con dolor...

—Vos le matásteis, le dije á Emilia. ¡Maldita seas!

La cólera me dió fuerzas, y me llevé el cuerpo de mi hijo.

A los dos días, cuando el féretro de Pedro entraba en el cemente-

rio, salía una boda de la iglesia: era la de la señorita Duprez, que sonreía á su joven esposo, y ni siquiera vió los restos de aquel que había muerto por haberla amado demasiado.

Al acabar esta triste relación me tomó la anciana por la mano, y llevándome hacia una torre redonda que se destacaba de los muros:

—Mirad, me dijo: ved ahí de donde rodó: esos espinos retruvieron su sombrero de paja, esas rosas guardan las huellas de su sangre.

Al hablarme de su hijo olvidaba su dolor la pobre madre; pero cuando ya no estuvo escitada por la fiebre que la había sostenido hasta entonces, cayó en un profundo abatimiento; después, arrodillándose junto á la torre, rezó un *De profundis*, al cual respondí yo con fervor.

Salí de las ruinas con la anciana, y cuando entramos en las casuchas que rodean el castillo, los muchachos que jugaban en aquellos sitios echaron á correr dando gritos y lanzando á mi compañera groseras injurias.

—Ved, señorita, me dijo con amargura, todos me odian: razón tenía para ser desconfiada.

Separéme de mi vieja amiga y me reuní á mis padres, que ya estaban inquietos con mi ausencia.

—¿Quién es aquella mujer que permanece allá abajo cerca de las ruinas? pregunté á una paisana.

—Es Mariana Humbert, una bruja, me dijo en voz baja; busca en las ruinas los tesoros de los antiguos señores, y lo que hay de cierto en ello es que pasa en ellas toda su vida, y que frecuentemente hasta la noche pasa en ellas.

—Pero ¿por qué le llaman los muchachos mochuero y lechuzas?

—¡Ah! ved, señorita, ella detesta los muchachos, para vengarse de ellos porque le dicen injurias; se la llama mochuero, porque solo canta de noche y canciones tan tristes que se diría que anuncia la muerte!

—¡Pobre mujer! ¡pobre loca! dije volviéndome hacia otro lado, mas bien para ocultar una lágrima que se deslizaba sobre mi mejilla, que para mirar otra vez aun las ruinas doradas en aquel momento por la tibia luz del sol poniente.

Conozco á Emilia, que es ahora una de las mujeres mas elegantes de Besançon: todos alaban sus ricos tocados, sus cachemires y sus diamantes.

El invierno último en un baile mientras valsaba bella y descuidada é instancialmente, pronuncié á su oído el nombre de Pedro Humbert: la sonrisa que vagaba por sus labios de coral no se borró; su frente coronada de magníficas camelias permaneció pura y en calma: todo lo había olvidado... á Pedro Humbert y á la maldición de María Ana.

A. F.

EL ERROR DE UN ANGEL.

Primera parte.

EL PECADO.

Resonó el Eden con cantos de alegría.—Plegando Rafael sus alas brillantes, cuya huella forma en el espacio etéreo lo que los mortales llaman arco iris, está en pie delante del trono de Dios, cuya frente circundada de un vapor de oro solo está visible para los querubines, arcángeles y serafines.—El semblante augustó del soberano Señor respira calma: escucha la relación que le hace su mensajero privilegiado de su regreso de la tierra á donde había descendido para unir á Tobias con su bella esposa, y dar la vista al anciano padre de su protegido.—Sonrió Jehovah y un dulce murmullo de cánticos celestes llenó el paraíso: los árboles de frutas de oro y de rubies agitan sus follajes de sempiterna verdura; las fuentes forman un concierto armonioso al deslizarse en sus lechos de ágata; las flores divinas exhalan sus mas suaves perfumes.—Rafael se prosterna tres veces tocando con la frente las gradas del trono de Dios; después se retira hacia atrás dejando á sus hermanos, los ángeles que continuasen sus adoraciones.

En el fondo de un valle silencioso del Eden, al pie de una montaña cubierta de laureles, rosas y cedros corre una fuente á la que hacen sombra gigantescas palmeras.—Retírase allí Rafael y sentado sobre una roca circundada de floridas violetas piensa ocultando en sus manos su frente luminosa ahora sombría.

¿Por qué el favorito de Dios ha abandonado el palacio de su señor?—¿Qué vá pedir á aquella soledad?—¿Qué busca allí?—Un recuerdo de la tierra.

—Sí, la celeste criatura siente cerca de los bulliciosos arroyuelos del paraíso, una fuente cerca de la cual una tarde al conducir á Tobias vió una joven que daba de beber á un rebaño de ovejas.

Lejos de asemejarse á las hermanas de los ángeles que habitan con ellos los jardines del cielo, y cuyos blancos aspectos, y débiles cuerpos, cubiertos de una larga cabellera dorada, parecen flútes tocadas por los rayos del sol poniente, Rebeca que tal era el nombre de la joven judía, llevaba sobre su frente el signo de su terrestre naturaleza.

Sus negros cabellos sujetos por listoncillos de lana blanca, caían sobre su cuello bruñido, y su fina túnica dejando en descubierto sus redondeados hombros, diseñaba los contornos de su talle ligero y flexible como las sañas del arroyo de Hebron.

Inclinada hacia la pila donde bebía su rebaño no se había apercibido de la llegada de dos extranjeros y cogía agua en la mano para nundar con ella su bello semblante y su garganta desnuda.

Levantada su túnica por abajo dejaba ver su diminuto pié y su pierna fina.

Avergonzada de haber sido sorprendida de aquella manera, se había apresurado á cubrir su pecho con los pliegues de su vestido, pero era demasiado tarde. El ojo del ángel, recorriendo todos los encantos hechos para inspirar voluptuosidad, se había detenido sobre aquellas redondeadas formas: había visto palpar aquel seno turgente. Rebeca, al levantar la cabeza, había dirigido sobre él la mirada de sus ojos de gacela: sus labios purpúreos se habían abierto para dejar pasar palabras de bienvenida, y su voz armoniosa como el sonido de una lira acariciada por el viento, había completado la seducción. Sentado Rafael á la orilla de la fuente del cielo pensaba en la hija de la tierra.

Vuélvese el ángel de repente: Dios, bajo la figura de un anciano, está cerca de él.—Leyó en el corazón de su muy amado y sus divinos piés sin rozar la tierra le condujeron á la orilla del arroyo, cuyas aguas aumentaban las lágrimas de Rafael.

—Insensato, le dijo, que desprecias los bienes eternos y prefieres felicidades perecederas, mi bondad para ti no tiene límites y desde este instante eres libre: ve á la tierra objeto de tus ansias, y si consigues cautivar el corazón de la que hace que corran tus lágrimas te permito permanecer á su lado todo el tiempo que seas feliz.

—A tu regreso encontrarás tu puesto al lado de mi trono y en mi seno, Parte, pero acuérdate que no tienes rebaños ni brillantes tiendas, que eres absolutamente pobre.

Tal es mi voluntad.

Dijo y desapareció.

Tanta condescendencia conmovió á Rafael, que vaciló en usar de su libertad... pero pasa por delante de sus ojos la imagen de Rebeca, y abre sus alas. Apenas había pasado de las zonas del cielo y visto huir detrás de sí los mundos que se mueven bajo la mirada de Dios con misteriosa armonía, cuando se sintió envuelto en densas tinieblas. La noche había llegado, y á duras penas pueden distinguirse en la oscuridad las tiendas y cabañas de los pastores diseminadas en los valles abundantes.

Giénesse Rafael durante mucho tiempo á poca distancia del sol antes de decidirse á detenerse. Todavía es tiempo de renunciar á sus locos amores. Sus alas pueden volver á conducirlo rápidamente al Eden de donde ha desertado, y desde allí vigilará á su bella Israelita sin esperar nunca la felicidad terrena de ser su esposo. Pero á la puerta de una tienda mas adornada que las otras ve aparecer una figura blanca. Es ella.

El Arcángel toca en la tierra.

Segunda parte.

ESPIACION.

Dora apenas el sol la cima de las montañas que circundan el valle donde ha descendido Rafael, cuando despertados los pastores con el alba, echan delante de sí los rebaños y los conducen al pasto.—Cien tiendas encierran los sirvientes deudos y esclavos de Gabor, padre de Rebeca, el cual vino al instante á ofrecer por sí mismo un sacrificio al Dios que dá la fecundidad á las ovejas, y el sol á las mieses.

Mientras que humea el altar y todos arrodillados invocan al Ser Supremo; adelántase un extranjero. Es joven y vigoroso: brillan sus ojos, y sobre su frente resplandece un orgullo que se aviene mal con la sencillez de su vestido. Correos de cuero sujetan á sus piés su grueso calzado, sus piernas están desnudas, y su túnica corta sujeta al talle con un cordón de pelo de camello, dibuja sus elegantes formas. Parece que tendrá apenas veinte años. Es Rafael.

—¿Quién eres extranjero? le preguntó Gabor cerca de Rebeca, confusa se ruborizó reconociendo al joven que la había visto una tarde en la fuente.

—Señor, respondió el Arcángel: vengo de lejos á pedirte á tu hija Rebeca por esposa. La he visto una tarde mientras me paseaba con

Tobías; íbamos á buscar á Sarah la bella y rica viuda que Dios destinaba á mi joven amigo: la amo desde entonces, pero no tengo que ofrecerte en cambio del tesoro que vengo á pedirte, mas que mi trabajo: habla, pues, dispon de mí.

—¿Qué debo hacer? preguntó Gabor á su muy amada hija.

—Que sea durante diez años vuestro sirviente, y al cabo de este tiempo será suya, respondió Rebeca.

Aceptó Rafael y bajo el nombre de Ben se colocó entre los numerosos esclavos de Gabor.

—¿Qué le importan diez años de sufrimientos y trabajos? ¿No ha de vivir cerca de aquella por quién daría hasta la inmortalidad? ¿No ha de verla de vez en cuando pasar por delante de él? Tal vez ella le dirigirá una sonrisa.

Trascurren los años para Ben en medio de trabajos. El primero para ir al trabajo, el último á dejar los campos; celoso infatigable, se hizo indispensable á Gabor. Amanle todos y Rebeca orgullosa con haber sabido inspirar tanta adhesión, lo muestra con orgullo á sus compañeras y parece enorgullecerse con su esclavo.

Algunos días mas, y el pobre pastor poseerá la hija de Gabor: podrá unir su esencia divina á los encantos terrestres, pero tan perfectos de su prometida. Pronto le sonreirán los hijos... ¡Ah! cuán lejos está el Eden de encerrar tanta felicidad.

Pero aquí que un día llegan á casa de Gabor pesados carros cargados de toda clase de presentes. Un anciano y un joven padre é hijo los acompañan. El padre se llama Aser, el hijo Joas; y vienen á pedir para este la mano de Rebeca.

—No puedo, dijo Gabor: porque está empeñada mi palabra. Pero Joas, deslumbrado por la belleza de Rebeca, enumera sus rebaños, cuenta los preciosos tapices que adornan sus tiendas, describe la copa de oro de que se sirve en los festines, el lecho de púrpura y de pieles de tigre sobre que se acuesta. Le obedece una población innumerable, sus órdenes son leyes y tiene lejos de su palacio habitaciones rústicas como las de Gabor. Rebeca está fascinada.

—Dejadme obrar, dijo.

En seguida salió de la tienda.

Había llegado la noche. Acostado cerca del rebaño que guardaba, puesta la cabeza sobre una piedra, reposaba Ben. Aproximóse á él la joven israelita ligera como un pájaro: el joven no despertó. Soñaba y de su boca entreabierta escapábase aun el nombre de Rebeca. Oyólo está; estremeciéndose, pero los collares y brazaletes de piedras preciosas que había aceptado de Joas, brillaban á la claridad de la luna y ni un átomo de compasión quedó en su alma; despertó á Ben llamándole y apoyando sobre la espalda del joven su graciosa mano. Entreabrió los ojos Ben y creyó que continuaba su sueño, viendo á su lado á su prometida.

—Amigo, dijo Rebeca, esta tarde ha llegado á la cabaña de mi padre un extranjero que pide mi mano. Es rico, poderoso, me hará señora de una inmensa comarca y... le amo.

Ben no responde; pero tomando á la israelita perjura por la mano, atraviesa con ella el campo donde dormían los pastores, y después, llegado que fué á la habitación de Gabor, entra y dice mostrando á Rebeca:

—Esta mujer ya no es mi prometida: me marcho: adios, señor.

En vano quiso retenerle Gabor, en vano le ofreció por premio de sus servicios á su joven hija la hermosa doncella Dina, cuyo corazón era puro como el agua de la cristalina fuente en el mismo manantial. Salió Ben de la tienda del patriarca para nunca volver á entrar en ella.

Joas se casó con Rebeca.

«¡Oh hijas de la tierra, sois todo sonrisa y todo crueldad! Vuestros labios son como la rosa de Sion, que florece en los jardines de delicias, y las palabras que de ellos se escapan son como la mirra, cuyo olor agrada y cuyo sabor es amargo. Vuestros ojos tienen miradas dulces como la miel y mortales como el hierro. Vuestros movimientos ondulantes como los de la gacela, hacen soñar amor, y vuestros cuerpos tan graciosos encierran almas perversas. Hijas de la tierra adios.» Tales fueron las palabras que pronunció Ben sentado á la orilla de la fuente donde por vez primera había visto á Rebeca. Surcan las lágrimas su curtido semblante; y retuerce dolorosamente sus miembros fatigados por el trabajo.

Pero hé aquí que su vestido de pastor se cae, su blanca túnica le envuelve: sus alas le elevan dulcemente hacia el cielo. Ya no es Ben sino Rafael.

Resuenan las arpas de oro al pié del trono del Eterno, déjanse oír los conciertos mas suaves, el cielo está de fiesta para recibir al culpable Rafael que regresa de su voluntario destierro.

Allí está otra vez en pié cerca de su divino Señor y pronto á ejecutar sus órdenes. Si alguna vez aun se estravió en el valle en que Dios le ha sorprendido pensando en Rebeca, es para llorar allí su error y para decirse una y cien veces que los únicos amores sin tristeza se encuentran en el seno de Dios.

A. F.

UNA APUESTA.

(Continuación.)

D. Juan era uno de estos poetas desconocidos, muy superior á su hermano, el hijo mimado de las musas. Pobre de fortuna, sin carrera, sin el conocimiento del mundo que vala por todas las carreras, manteníase de dar lecciones de música y de escribir revistas de ópera y zarzuela. Su renta era por consiguiente muy pequeña; pero le bastaba porque no tenía vicios ni obligaciones.

En su parte física era de mediana estatura, delgado y pálido; cabellos rubios y ojos azules dulces al par que espresivos.

El sitio elegido para el desafío fué una pequeña hondonada fuera de la puerta de Alcalá.

D. Juan y sus padrinos llegaron los primeros; pero Enrique llegó con los suyos antes de las seis, que era la hora marcada. D. Juan estaba triste y silencioso: Enrique al contrario parecía contentísimo.

El desafío debía de ser á florete, y concluidas las ceremonias de costumbre, empezó el combate.

Bien pronto se echó de ver que D. Juan no conocía el manejo de las armas, y D. Enrique floretista consumado, quiso lucir con él su habilidad, con la mala intención peculiar á los hombres de destreza.

—¿A cuantos estamos? preguntó á uno de sus padrinos fingiendo no parar la atención en los golpes que le tiraba desesperadamente su contrario.

—A cinco, respondió el padrino.

—He oído contar, prosiguió Enrique, defendiéndose siempre con aparente descuido, que un reo condenado á muerte obtuvo su perdón, calando en la veleta de una torre el número nueve con las balas de su escopeta. Yo estoy condenado á muerte por mi enemigo, y solo espero obtener mi perdón grabándole en la frente con cinco pinchazos la fecha de hoy ¿conviene Vd?



Carruajes rusos.

D. Juan no respondió; pero sus ojos centellearon.

—Vamos, pues, dijo Enrique haciendo un movimiento como si entonces quisiera comenzar el combate, y dando dos ó tres quites clavó levemente la punta de su arma en la frente de D. Juan.

Este, al sentirse herido de un modo tan infamante, lanzó de su pecho un rugido ahogado, rechinó los dientes, y sus ojos inyectados de sangre centellearon como los del tigre en su caberna. Los padrinos quisieron ponerse en medio; pero él los apartó frenético, exclamando. —¡El desafío es á muerte! ¡Es preciso que muramos él ó yo.

Enrique hizo á sus padrinos un gesto de irónica piedad como diciendo. —¡Se empeña! ¿Qué le he de hacer? Y volviendo á ponerse en guardia hizo á D. Juan una segunda herida junto á la primera, diciéndole. —El número no saldrá muy perfecto porque no me precio de pendolista pero se podrá leer. Después hizo la tercera y después la cuarta, acompañando cada una de ellas con una palabra maligna; pero D. Juan ni le sintió ni le oyó: tan ciego le tenía la ira desesperada é impotente. No trataba ya de defenderse, solo trataba de herir y Enrique tenía muchas veces que retroceder un paso para no herirle con su florete en el corazón. Un hombre colocado en estas circunstancias es siempre temible, en especial para quien no quiere matarle y Enrique lo aprendió á costa suya, porque cuando iba á darle el quinto pinchazo, se sintió herido en el hombro por una estocada, sin dirección

fija asestada por don Juan, con tal violencia que el florete pasó de un lado á otro quebrándose por la mitad.

D. Enrique lanzó un juramento. Los padrinos acudieron á socorrerle.

—No está muerto! dijo uno de ellos.

—Tanto peor, respondió D. Juan, enjugándose el rostro con el pañuelo. Cuando se cure volveremos á empezar; porque es preciso que uno de los dos perezca.

Y se alejó con sus padrinos, marchando en silencio hasta Madrid. Al atravesar por la carrera de San Gerónimo tuvieron que detenerse para dejar paso á una carretela abierta que corría hacia la Puerta del Sol.

—¿Has visto á las que van dentro? dijo uno de los padrinos que ignoraba la causa del desafío, para el cual se había pretestado una disputa de juego.

—No, respondió su compañero.

—Doña Teresa y su hija.

—Te habrás engañado, porque deben de estar reñidas. He oído hablar de una escena tragi-cómica representada por ambas en casa de un amante.

—Yo también he oído hablar; pero quizá hayan hecho ya las paces, ó quizá sería todo una calumnia.

D. Juan había seguido la carretela con los ojos lanzando de su pecho un suspiro ahogado que no notaron sus amigos; pero no pronunció una palabra.

VI.

CONVENIO SOCIAL.

Doña Teresa y su hija iban á casa de D. Leon.

Al verse despedida de su casa Margarita no encontró otro asilo que acogerse que la de su madre; y yendo á ella la contó su desgracia, explicándola además como el miedo y no el vicio la habían sometido á Enrique, explicación que alivió muy poco los celos ni las penas de Doña Teresa. El amor maternal, sin embargo, sobreponiéndose á su dolor la hizo pensar que no era aquel el tiempo de las lamentaciones ni de las lágrimas, sino de poner remedio al mal y salvar por lo menos las apariencias, y corrió á buscar á D. Leon para obtener el perdón de Margarita. No hallándole en casa se vió obligada á esperar el día siguiente, y entonces se hizo acompañar de su hija á quien alentó con risueñas esperanzas. Entonces fué cuando las vieron D. Juan y sus amigos.

Llegadas á casa de D. Leon, Doña Teresa entró y Margarita quedó esperándola en el coche. Sus pensamientos darian materia para formar un tomo. Empezó por vacilar entre la esperanza y el temor, y concluyó maldiciendo á Enrique y formando planes de venganza. Es inútil que me detenga á explicar sus sentimientos porque todas las mujeres le comprenderán, porque todas ellas guardan en su alma un deseo de venganza, oculto es verdad pero no por eso menos vivo. Condenadas por la sociedad á arrastrar eternamente cadenas de oro, pero pesadas, oprimidas, burladas, desheredadas y escarnecidas por el hombre que es fuerte y que se ha reservado parte del Leon en la sociedad que ha, por decirlo así, monopolizado la vida, todas las mujeres tienen en la memoria una afrenta, en el corazón una herida que mana sangre. Aun las jóvenes que han eruido mas tranquilamente en la calma atmósfera del hogar paterno, suelen tenerla. El desden del primer hombre que las habló de amores y que las olvidó al día siguiente hasta para producirla, pues este hecho tan pequeño para los demás, ha sido para ellas un acontecimiento importante, como para el sivarita era un tormento la hoja de rosa caída en su lecho. La primera palabra de amor las hace nacer á una vida nueva, á la vida para que estan destinadas, y el primer desengaño debe de herirlas por consiguiente en el centro de esta nueva vida. Este deseo de venganza, casi siempre impotente y por lo mismo mas tenaz, se modifica segun la naturaleza del corazón en que ha caído. Tal mujer guiada por él reúne todos los hilos de una red para coger á su ofensor con la habilidad y la paciencia de la araña que teje su tela, y cuando le ha aprisionado, cuando tiene la mano levantada sobre él para herirle las fuerzas la faltan, arroja el puñal y perdona. Tal otra saborea su venganza en la oscuridad con el placer de un tigre que calma su sed en sangre caliente aun. De todos modos por poseer un secreto de vida ó muerte de su ofensor, por tener un día, siquiera una hora su suerte, su vida, y su honra en sus manos, apenas habrá una mujer que no diera su parte de paraíso.

Margarita esperaba en el porvenir: su odio consolaba con risueñas promesas á su desesperación. Doña Teresa la había dicho:—El tiempo se encarga de vengarte. La vejez prematura es el horrible castigo de los que abandonan su juventud á los vicios. El vino y el amor apagan su inteligencia, secan el manantial de sus ideas, quebrantan su voluntad, y al abandonarles como sus queridas cuando han agotado sus tesoros, les dejan el insipido hastio, la desconfianza y la suspicacia ridiculas y fatigosas. Si vencen á la tisis son vencidos por la locura, y cuando el cuerpo gastado al placer que se le ha administrado en dobladas dosis para que le produzca los mismos efectos, no le puede gozar, se avisa en una calma pesada á la cual muchos prefieren la muerte, y todos los mas vivos dolores.

Pero esta venganza de la naturaleza no contentaba Margarita que no representaba en ella ningun papel. Quería ser el ángel del exterminio de su ofensor, quería verle perecer á sus golpes y sobre todo quería que llegase pronto la hora de su castigo. ¿De qué medios se valdria para conseguir sus deseos? Lo ignoraba, pero confiaba en la casualidad, la esperanza de los que no tienen ninguna.

Doña Teresa salió de casa de D. Leon al cabo de una hora y entró en el coche diciendo á su hija radiante de alegría.

—No lo hemos conseguido todo, pero á lo menos se salvan las apariencias.

—¿Qué ha sido? la preguntó Margarita.

—Después de una lucha obstinada ha consentido en que vuelvas á su casa para evitar el escándalo; delante de todos, hasta de los criados, te tratará como su mujer; aunque no te dirigirá la palabra ni te responderá aunque tú se la dirijas cuando os encontréis á solas, lo cual ambos procurareis evitar. Ni él te pedirá cuenta de tus accio-

nes ni tú se la pedirás de las tuyas. Estareis en fin divorciados, pero solamente vosotros tendreis noticia de este divorcio.

—Pero eso es horriblemente vergonzoso, exclamó Margarita.

—En el punto á que han llegado las cosas es una felicidad, dijo Doña Teresa, apresúrate á gozar esta victoria que luego vendrá el perdón completo.

—¿Ser perdonada sin haber cometido culpa! murmuró Margarita derramando lágrimas.

Cuando entró en casa de D. Leon y sobre todo cuando se halló en presencia de su marido, un velo de sangre anubió su vista, se oprimió su corazón y sus piernas flaquearon.—¡Valor! la dijo al oído Doña Teresa que vió su emoción.

D. Leon estaba hablando con un amigo suyo y dirigiéndose á su esposa con la mas amable sonrisa que pudo contrahacer, la dijo:—Adios querida mia; no esperaba verte tan pronto. ¿Te has divertido mucho en el paseo?

Todas estas frases que escondian un doble sentido, estas injurias acarameladas, digásmolo así, se clavaban en el corazón de Margarita que solo pudo responder con voz moribunda.—Vengo un poco cansada... voy á acostarme.

—¿Estás enferma? Dijo D. Leon fingiendo amoroso interés, pronto, que llamen un médico...

—No es necesario, dijo Margarita retirándose.

También se retiró el amigo de D. Leon maravillado del afecto que este profesaba á su esposa.

Cuando D. Leon que le había acompañado hasta la puerta volvía á su cuarto, encontró en una sala de paso á Margarita que se le acercó llorando, con las manos juntas y diciendo con un acento que partía del fondo del alma.—¡Leon, te lo juro, no soy culpable!

Pero D. Leon pasó de largo contentándose con encogerse de hombros desdenosamente.

Margarita entró desesperada en su cuarto y se arrojó de través sobre su lecho, llorando y sollozando.

Al cabo de una hora su doncella entró para darla una carta.

—De quién es, preguntó Margarita.

—De D. Juan de Aguilar, respondió la doncella.

La carta decía de este modo. (1)

Señora: escribo á Vd. sin saber como empezar, por que todas mis ideas se revuelven confundidas en mi cabeza debil y enferma. Presiento que mi carta es ridicula, por que no tiene objeto, por que mi deber era callar lo que voy á decir, pero mi corazón está demasiado lleno de dolor y rebosa. No tengo el valor salvaje de morir en el tormento sin quejarme, sin derramar siquiera una lágrima. En todo caso lo mejor que Vd. puede hacer es arrojar al fuego mi carta sin leerla. Esto quizá será lo mejor para los dos.

Yo amo á Vd. señora, la amo con delirio desde el momento en que la vi. Desde entonces empezó para mí una nueva vida ó por mejor decir entonces nació mi alma, pues no conservo ningun recuerdo anterior. Los tormentos y las alegrías de esta vida serán inesplicables para los que no los han sentido; para los que ignoran cuanta felicidad derrama en el corazón la vista sola del objeto amado, una mirada indiferente, el roce casual de sus vestidos. Yo vivía en Vd. como un padre en su hija. La alegría de Vd. era mi alegría; su tormento mi tormento. Hubiese dado mi vida, mi felicidad eterna por evitar á Vd. el mas ligero disgusto, y sin embargo he sido la causa de sus desgracias. Yo fui quien apostó con D. Enrique á que Vd. resistía á sus seducciones. Ignorando los medios de que pensaba valerse, quise hacer brillar acrisolada la virtud de Vd. que era mi orgullo. Ahora lo sé todo: Vd. es desgraciada y no culpable. Perdóne Vd. al que ha sido causa de su desgracia y que nunca se perdonará á sí mismo.

Me he batido con D. Enrique por vengar á Vd., por vengar mi amor y mis celos, por encontrar la muerte que es la postrera esperanza de los desgraciados, y le he herido gravemente, aunque no ha muerto. Si la ciencia le salva mi odio revivirá con él y le undirá en la tumba. Al menos nos vengaremos.

Señora, perdóneme Vd. No sé lo que he escrito. Mis frases van sin duda desordenadas como mis ideas, y quizá algunas hieran á Vd. en el corazón; porque la fiebre me devora y no puedo reflexionar el efecto de mis palabras. Perdóneme Vd. lo que la he ofendido, perdóneme Vd. si la ofendo aun. De cualquier manera que yo me dirija á Vd. mis palabras no son otra cosa que una ferviente oración. Todas ellas quieren decir: yo te amo, te amo, te amo con delirio, y el amor verdadero puede no ser aceptado; pero no ofende jamás.

Yo no pido á Vd. nada ni una palabra, de consuelo ni compasión para mis dolores; solo deseo que si necesita Vd. un brazo para herir, un esclavo á quien mandar, un hombre á quien sacrificar, se valga

(1) Suplico á la crítica que pase por alto esta carta, pues no es obra de mi imaginación. Si no la hubiese visto jamás hubiera creído que pudiera escribirse; pero la verdad es mas fuerte que todas las hipótesis, y el deber del historiador es contar los hechos aunque no los comprenda.

Vd. de mí. Yo la obedeceré ciego como un fanático la voz divina, sin preguntar si lo que hago es bueno ó malo, si marchó á la gloria ó á la vergüenza. Agradeceré hasta el mal que me venga de mano de Vd. y besaré su mano si se digna herirme.

¡Margarita por qué he conocido á Vd.!

JUAN AGUILAR.

—¡Ah! exclamó Margarita con alegría satánica al terminar esta carta, este hombre me vengará!

SEGUNDA PARTE.

DEDICADA

A DON RAMON DE NAVARRETE,

EN MEMORIA DEL DIA 15 DE OCTUBRE DE 1848.

I.

EL PADRE CLEMENTE.

Después de su duelo con D. Juan de Aguilar, Enrique, á quien el estado de su herida no permitía ser trasladado á su casa, fué recogido en una humilde casita, en las afueras de la puerta de Alcalá.

Esta casa servía de retiro á un anciano esclaustrado llamado el padre Clemente, edificante tipo de la virtud cristiana, severo para sí, misericordioso para las debilidades ajenas, que consideraba el mundo como una antesala, del cielo y él trataba de aprovechar el tiempo que en él permanecía para presentarse dignamente ante su Dios.

Su aspecto imponía tal veneración que los militares que se tenían por espíritus fuertes, se veían obligados á esclamar: —A ese sacerdote se le puede besar la mano; y en el día de furor en que el pueblo entró á saco en los conventos regando las sagradas losas con la sangre de los religiosos, en el del padre Clemente no se atrevió á pasar de la puerta al verle en el dintel, y se retiró como la ola que al arrojarse sobre la playa rechaza invisible el dedo de Dios hasta el centro de los mares.

La figura del padre Clemente anunciaba ya su alma pura y fuerte en la virtud. Era la misma del cardenal Cisneros, suavizada por un no sé qué de mansedumbre y humildad revelado en la mirada, que no por eso dejaba de ser magnética y persuasiva. Era la dulce é imponente mirada que Rafael ha adivinado para el Salvador. Su voz lenta y grave acariciaba á los afligidos y elevaba el alma á las regiones de lo infinito en alas de la caridad. Sus palabras mismas repetidas por el eco de otra boca no hubieran producido el efecto que en la suya, y sin embargo no estudiaba la espresion, pero partían del fondo de su alma y llevaban su fervor al alma que las recibía. Era el lenguaje del corazón al corazón que podría existir sin necesidad de los labios.

Su modesto traje negro y sus cabellos semejantes á delgados hilos de plata terminaban el conjunto de aquel hombre extraordinario, que parecían querer ocultarse sin conseguirlo, porque la virtud le rodeaba de una aureola celeste, y la virtud es siempre respetada aun por los que no la siguen, que para atreverse á ofenderla la niegan y fingen no conocerla.

Enrique había hallado en su humilde retiro un puerto seguro después de la tormenta. La mano de la caridad que vendaba las heridas de su pecho, derramaba también saludables bálsamos sobre su corazón gangrenado, y le reanimaba poco á poco como un celeste rocío. Esta curación moral era mas difícil que la física; pero ayudaba en ella al padre Clemente otra persona no menos pura y tan hermosa como debieron serlo aquellas mujeres por cuyo amor los ángeles despreciaron su paraíso. Despreciaron un cielo por otro cielo; porque ¿no es también un paraíso el amor?

Angélica, así se llamaba esta jóven, tendría diez y seis años, y era hija de unos honrados labradores de una aldea próxima á Córdoba. Durante el año del hambre su padre murió en el pueblo, y su madre la llevó á Córdoba implorando la caridad; pero al cabo de algunos días murió también desahogada en la plaza pública, y el padre Clemente encontró á Angélica, que tendría entonces dos años, llorando sobre el cadáver de su madre. Conmovido por este horrible espectáculo la recogió y la llevó á casa de una pobre, pero honrada viuda que la educó en las prácticas de la mas severa virtud. Cuando esta señora tuvo también que abandonarla para presentarse ante Dios, el padre Clemente, esclaustrado ya, la llevó consigo y la cuidó como á una hija querida. Era la flor amada del jardinero, el árbol que daba sombra á su vejez. En todos los hombres se desarrolla cuando la vida declina, como la tarde de un hermoso día, un sentimiento de amor á la juventud á la cual parece que quisieran legar una parte de su vida con su recuerdo.

Cuando no podemos vivir en nosotros, quisiéramos vivir en nuestros sucesores, quizá sin darnos cuenta de este deseo: ta es el horror que la muerte inspira á la naturaleza.

Enrique había admirado la belleza de aquella flor silvestre, y se embriagaba con sus aromas. Con el delicado tacto del libertino, había comprendido la pureza de aquella alma sin mancha, por la cual habían pasado los pesares como las nubes por el cielo sin dejar una huella en su límpido azul; aquel corazón, que como el de Eva en su primera mañana, ignoraba aun la existencia del mal; y él, el audaz libertino que hubiera osado seducir á una reina en su trono, se sentía confuso y pequeño ante aquella fácil seducción. Las formas griegas de Angélica, su tez trasparente como el nácar, rosada como por el reflejo de una lámpara velada, sus ojos del color del cielo con destellos puros como los del záfiro, las largas trenzas de su dorada cabellera, su torneado cuello, su delgado talle, la gracia de todo su cuerpo, estaban rodeadas de una aureola tal de santidad, que le impresionaban religiosamente como las gracias de una imagen de la Virgen en su altar. Su voz de melodía, eco del arpa de los serafines, llegaba suavemente hasta el fondo de su corazón, conmoviendo todas sus fibras poéticas, como el eco de una lejana melodía escuchada en una noche serena en medio de la soledad de un lago tranquilo. No la amaba, la adoraba: y el que tantas veces se había burlado de los amores puros, aprendía de ella que el amor no es siempre un instinto brutal.

Ella le profesaba también un amor de hermana; le velaba en sus largas noches de insomnio, y procuraba calmar sus dolores que no conocía. Con el instinto innato de la mujer acariciaba aquel corazón enfermo y derramaba en él la esquisita dulzura del suyo. Al verla á la cabecera de aquel lecho, se recordaba la antigua tradición del niño prodigando sus cuidados al león moribundo.

La curación de Enrique era sin embargo muy lenta, y sus recaídas desesperanzaban al mismo padre Clemente, que nunca había visto un corazón tan á propósito para el bien y tan cancerado por el mal. Para volverle á la salud era necesario destruir de él el orgullo que le engañaba; porque Enrique, como tantos otros, fundaba su orgullo en su escepticismo y se apreciaba en proporción de lo que despreciaba á los demás. Era necesario arrancarle la memoria y cortar de un solo golpe todos los eslabones de la cadena de su juventud.

Una mañana estaba el padre Clemente á la cabecera de Enrique en la hora en que la aurora levantándose de su lecho de sombras, anunciaba al mundo la aproximación del día. Los dos habían velado toda la noche, y conversaban Enrique con desaliento, el padre Clemente con fé y entusiasmo. Las palabras de aquel parecían las de un viejo, mientras que las de este eran propias de un jóven, porque en nuestro tiempo la juventud está mas desilusionada que la vejez, acaso porque atendido el modo con que vivimos, hemos hallado el medio de hacernos mas viejos que nuestros padres.

El padre Clemente levantándose como un águila veía la tempestad bajo de sus pies y el cielo tranquilo sobre su frente, y esperaba el momento en que la tempestad pasara en alas de los huracanes, y la tierra esponjada por ella volviera á su tranquilidad. Lleno de entusiasmo exclamaba:

La fé es el alma; la fé es el poder. Astro que se levanta entre las tinieblas de la noche del mundo, providencial meteoro, que semejante á la nube milagrosa que protegía á los israelitas en el desierto, dirige los destinos de la humanidad y la conduce á través de los siglos á la tierra de promision, al siglo de oro del cual ella cree conservar el recuerdo cuando solo posee presentimientos y esperanzas. Volved la vista atrás como el viajero que se aleja de su patria, y contemplad hasta donde alcancen vuestros ojos el camino de lo pasado. ¿Qué veis? Solamente ruinas. La muerte sigue vuestros pasos como una maldición y destruye vuestras obras; pero otro génio benéfico aun mas poderoso que ella recoge las ruinas, y con los escombros de un templo labra otro templo, siembra en la tierra las semillas de la flor tronchada por el huracán, y la tierra produce otra flor aun mas brillante y de mas balsámicos aromas. Este ángel es la fé.

¡Oh! miradlo qué bello se levanta resplandeciendo entre los coros de los serafines como el sol entre las estrellas! Su frente está coronada de espinas, su blanca túnica manchada de sangre, y en sus manos lleva la palma del martirio; pero sus ojos, cuya luz no resiste la débil pupila de los mortales, brillan con divina alegría, y sus labios sonríen con bondad á sus enemigos.

El justo llora entre cadenas. Las enfermedades han ceñido su cuerpo como un acerado cilicio; la calumnia roe su alma, y viéndose abandonado del cielo y de la tierra, está pronto á esclamar como el moribundo romano: —Oh virtud, tú no eres mas que un nombre. Pero el ángel pasa, y con sola su mirada cesan los dolores del oprimido y sus cadenas caen pulverizadas á sus pies.

Un pueblo gime bajo la planta de un tirano. La espada de la ley en manos del ciego capricho hace correr la sangre inocente en anchurosos arroyos. El temor ha helado todos los corazones. La tiranía

sola se eleva arrogante entre un círculo de huérfanos y doncellas que detienen medrosos en sus ojos las lágrimas de dolor, y esclama como el primero de los ángeles en el día de su rebelión:—¿Quién como yo?

Una voz ha respondido á la suya como al grito del águila salvaje el eco de las rocas del desierto, y la tiranía ha palidecido en su trono. ¿Quién se atreve á arrostrar su furor? La fé, el buen ángel de la humanidad.

Si: la fé, que es la madre del valor, la madre del entusiasmo, el germen de la vida, la esencia de la virtud, el faro del porvenir. La fé, que á través de los siglos toma diversos nombres y formas llamándose unas veces Moisés, otras Juana de Arco, otras Cristóbal Colon, y que dirige á la ciega humanidad al término señalado por Dios.

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

ROMANCE.

En un mirador morisco
estaba la hermosa Zaida,
el pecho en el barandal
y los ojos en la playa.
Y al ver las inquietas olas,
viva imagen de su alma,
dió al viento sentidas quejas
y al mar lágrimas amargas.
Allí vió en un día aciago
una galera cristiana,
quese llevó para siempre
su ventura y su esperanza.
Allí vió al cautivo libre
pronto á tornar á su patria,
al que trajo un corazón
y vuelve con dos á España.
A aquel que en el baño viera
en sus días de desgracia,
días de gozo y de dicha
para el pecho que le ama;
á aquel que al partir la nave
cortando del mar las aguas,
oyó un doliente suspiro
que un corazón le llevaba.

Todo esto piensa la mora
reclinada en la ventana,
qué está viviendo sin vida
á un tiempo libre y esclava.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

DUERME, HIJO MIO.

Duerme, prenda del alma,
duerme tranquilo,
tú que eres en el mundo
recien venido.

Que ya el insomnio
abrirá despiadado
tus lindos ojos.

Por tu tranquilo sueño
velan mis ansias
leyendo en ilusiones
tus esperanzas.

Adormecidas
en ese pensamiento
germen de vida.

¿Cual será de tu suerte
la cierta historia?
¡Si cual yo la deseo,
qué venturosa!...

Nada es mas grande
que el avaro cariño
que tiene un padre.

Colmara tu existencia
de las delicias
que conozco en el mundo
mas positivas.

Honra, talento,
una conciencia limpia
y un hijo bueno.

Diérate yo una esposa
como tu madre,
con un amor tan ciego,
puro y constante.

Y á mas hiciera
que como yo la quiero
tú la quisieras.

Diérate yo modestia
de pensamiento,
y lograrás con poco
satisfacerlo.

Sin tener nada
por qué causar envidia
ni causar lástima.

Que el ambicioso vive
siempre muriendo,
sin gustar en la vida
mas que recelos.

Y al fin se muere
envidiando la herencia
del que le herede.

Diérate un amor pátrio
tan exquisito,
que huyeras al ser hombre
de ser político.

Porque esa plaga
es el cáncer dañoso
que mata á España.

Diérate al fin los goces
del hombre honrado,
mantener tu familia
con tu trabajo.

Tener amigos,
llegar á ver tus nietos,
dormir tranquilo.

Cuando llegue la muerte
morir cristiano;
que digan los vecinos
á todo el barrio.

Juan aquí yace:
era un hombre excelente
que Dios le salve.

Todos nacen llorando,
llorando mueren:
¿será por lo que ganan
ó lo que pierden?

Hijo del alma,
la vida es un paréntesis
entre dos lágrimas.

EDUARDO GASSET.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Pan de mi alforja como el no me falle todo me sobra.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra